

EUSEBIO CALONGE

# El alma se oscurece

*La rosa enfiorece  
en el mes de mayo  
mi alma se oscurece  
sufriendo de amor.*

*(La rosa enfiorece.  
Canción sefardí)*

*Je te crains; j'ai peur de ma mémoire*

Marceline DESBORDES-VALMORE

*Chi si nasconde nella tenerezza non conosce  
il fuoco della grande passione.*

Alda MERINI

*Hay un morir que es peor que la muerte: consiste  
en que una persona amada vaya matando  
dentro de sí la imagen con la que vivíamos en su  
interior. En esa persona nos extinguimos.*

Ernst JÜNGER

Cuaderno azul

QUIEN ME DIO LA noticia pensaba que el tiempo te había reducido a sombras. Apenas me dijo el nombre del lugar donde había ocurrido y más o menos cuando. Yo fingí indiferencia.

Aunque no supe cómo ocurrió, a tu última soledad no llegó nadie, imagino tu muerte en el último hotel en que estuvimos juntos. Una habitación parecida a tantas que recorrimos. Un lugar cualquiera en medio de la nada donde tu corazón se paró. Quién sabe si cansado de su empeño en latir o bombeando aún algún sueño. Puedo adivinar en su penumbra: la cama deshecha, el edredón de grandes cenefas doradas, la pared empapelada con rayas verdes, el armario abierto con tus camisas colocadas. ¿Quién recogería esas camisas de las perchas? Me vienen también a la memoria tus gafas plegadas sobre un libro, seguro que dieron así sobre la mesita de noche, junto al móvil cargándose. Quién sabe si guardaría el registro, la lejana memoria de mis últimos mensajes, los que ya no te atreviste a contestar.

Imagino en ese decorado tu cuerpo atravesado en el colchón, o desplomado en el suelo, sobre baldosas frías, en un intento último de aferrarse a la mampara del baño. Sería la camarera que entró a limpiar la habitación quien lo descubriera. La inmovilidad o la postura del cuerpo la alarmaría. Quizás diera

un grito ahogado al descubrirlo o simplemente pulsaría el *walkie-talkie* para comunicarse con recepción. La extrañeza de que siguieras inmóvil, de que no respondieras, haría subir a un cauto recepcionista, y al tampoco tener resultados llamarían a la policía o a la ambulancia, no sé a quién se llama antes en estos casos.

Un forense, dos camilleros, unos policías, algún huésped curioso, una camilla con un bulto dorado que sacan por la puerta de atrás, la que se reserva a la discreción de los amantes. El amor y la muerte cruzándose por un estrecho pasillo. Una ambulancia que se aleja por la carretera.

SUPONGO QUE LLEGASTE HASTA ese lugar para dar una de esas conferencias que odiabas. Un gris modo de supervivencia, que acabó habituándote a tus propias decepciones. Una veintena de estudiantes distraídos, con caras borrosas, escuchando sin poder seguir tus lecciones sobre la Grecia clásica. Un profesor avejentado perdido dentro de su laberinto con el hilo de su destino ya cortado.

El Minotauro, ese monstruo, mitad deseo mitad añoranza, te acabó derrotando en una de las tantas habitaciones de hotel que se multiplican por la memoria hasta parecer siempre la misma.

Repatriarían tus restos, tendrías un funeral para algunos familiares, algún amigo. Lágrimas y cenizas. Aventadas hasta mí por estas ráfagas de nostalgia, dejándolas esparcidas por los rincones de mi memoria.

¿Cuáles serían las palabras que te quedaron por dentro? ¿Qué imágenes se truncaron para siempre con tu muerte? Debería haber autopsias que pudieran revelar eso. Un informe que se me entregara para saber qué quedó de mí en el corazón del amante, en su cerebro, en su piel. Si es que el olvido no se extendió como un cáncer que acabó devorando todo. Primero te escondiste tras el olvido y ahora tras la muerte. Cobarde hasta el fin.



NO TE ACOMPAÑÉ EN el momento de tu muerte, pero los dos asistimos al fin de nuestras vidas. Hasta donde nos permitían las catenarias de seguridad del aeropuerto. Allí perdiéndote en la fila, volviéndote para dejar una última mirada, una sonrisa más triste que cualquier llanto que recuerde. Allí moría nuestro destino juntos, no lo sabíamos entonces pero el corazón siempre presente. Como los perros barruntan la muerte, en nuestro silencio algo aullaba.

Yo también busqué el olvido y fue inútil. Todo me hablaba por ti. Los aeropuertos desiertos de noche, la primera luz que filtraba la persiana, las pegadizas canciones de los centros comerciales, los tranquilizantes que intentaban componer las noches rotas. El pasado era esa marea que desborda continuamente la orilla del presente.

Los dos decidimos distanciarnos desde entonces. Rompí todas las imágenes que el amor conservaba, todas las fotografías, tu mirada y tu sonrisa. Rompí todas en las que aparecíamos con algún monumento, alguna calle o plaza de fondo, colándose por ellas el ruido de las ciudades, también la foto en que posábamos al borde de un acantilado, las olas batían de fondo. Todo lo hice trizas. De aquel horizonte ya no se sabe cuál era el mar ni dónde

está el cielo. Tu sonrisa partida en dos, nuestras miradas regadas por el suelo, hasta que los rostros perdieron sus nombres. Los abrazos quedaron amputados del otro cuerpo, pedacitos de ayer en la papelera. ¡Desde qué altura de la rabia te hice añicos! La memoria debió quedar ensangrentada, salpicada de este crimen contra mí misma.

Pero aquellas imágenes permanecían impresas más allá del papel. Se proyectaban sobre cualquier soledad, en cualquier silencio. Como en los negativos en que lo más oscuro parece luz, surgías una y otra vez del recuerdo. Ya siempre las mismas imágenes truncadas, sin posible continuidad.

DECIDÍ CORTAR TU VOZ de raíz. No te volví a coger el teléfono. Tras la voz estaba tu aliento, tus labios, el cielo de tu boca, que cerré de golpe. Quedé fuera de ese cielo, nunca volvería su amanecer. Todo se oscureció. Como el fondo de un pozo donde me reflejaba. Me asomaba a lo más hondo queriendo ver lo más alto.

Nos destrozamos, que es destrozarse todo lo que nos rodeaba. Buscamos el daño, el reverso del placer que no podemos obtener. Nos instauramos en la mentira para sentirnos las víctimas. El único modo de prepararnos para la larga noche.

Tampoco quiero hacer una autopsia de tu ausencia, sería la mía. Ya no tengo deseos, es como si se hubiesen quedado vacías mis venas. La edad me va alejando de los impulsos.



AUNQUE ME ALEGRE DE haber tirado en el naufragio mis cuadernos llenos de poemas, de renunciar a la colección de lamentos con los que quería cicatrizar el desgarró de aquel entonces, no he podido evitar volver a escribir. El péndulo del tiempo que se paró por dentro con nuestra ruptura ha vuelto a oscilar con la noticia de tu muerte y me hace reflotar nuestra historia, escarbar entre sus ruinas.

Escogí un cuaderno bonito, de los que nunca me atrevía a profanar con mi fea caligrafía. Compré unos bolígrafos iguales a los que tú usabas. He dispuesto todo ceremonialmente. Sobre la mesa, entre mis manos y tu ausencia, la página en blanco.

La nostalgia va derramándose sobre el papel. Podría ser una de aquellas tardes de entonces, en las que te esperaba. ¿Cómo escribir sobre aquello que nos dejó sin palabras? Siempre busco decir eso justo que no sé. Eso que no sé decir es lo único por lo que escribo. Una realidad que una intenta aprehender y que se escapa por cada frase. De momento no tacho, las ideas se desbordan por la tinta sin lograr alcanzar lo que siento.

Escribir siempre ha sido llevar las palabras hasta el límite del silencio, exprimirlas hasta no tener, no saber cómo continuar. Las pasiones las corroen, las oxidan, las vuelven inservibles. No

me importa correr ese riesgo. ¿Ante quién lo corro? Sé para quién escribo todo esto, y sé que no podrá leerlo. Sus gafas han quedado cerradas para siempre.

RESPIRAMOS OTRA VEZ MIENTRAS escribo. Tumbados los dos boca arriba, desechos por el amor, gozando del palpitar de los cuerpos exhaustos...

¿Quién no iría atrás en el tiempo si pudiera? Escribir en esta libreta es un vano intento de remar contracorriente. Desandar la memoria, con la intención de asomarme a ese paraíso que nunca se alcanza. Solo hay paraísos ansiados o añorados.

La rueda de la vida nos hace girar hacia delante o hacia atrás según los deseos o la nostalgia la muevan. También la nostalgia es una especie de deseo, no importa que sea de lo perdido. Los deseos nunca se alcanzan, porque en ese tiempo que buscamos realizarlos, la desilusión o el hartazgo los van transformando. Es por eso que la rueda no deja de girar. Puede que al escribir busque esa eternidad, frágil y pequeña eternidad, en que por un instante se detenga esa ruleta.

Tampoco sabría decir si estuve en el infierno o si lo tenía por dentro. Consumiéndome la vida, que solo latía para alentar sus llamas, la sombra de un fuego tembloroso, hasta que la memoria se hiciera rescoldo, tizones con los que escribir. La fascinación de vernos arder, arrojando recuerdos al fuego que nos destruye.

